



BLACKOUT

CONTROVERSIA
SOBRE EL SENTIDO Y LA EFICACIA
DEL SABOTAJE

FRANCIA - PRIMAVERA 2023

3

Preámbulo
marzo 2023

7

¿Hay que destruir las antenas 5G?
vert-resistance.org, mayo 2020

11

Algunas reflexiones sobre los ataques de antenas
Publicado en attaque.noblogs.org, julio 2020

16

Al asalto de lo existente
Avis de Tempêtes, agosto 2020

23

Ética y estrategia,
Contra la ecología programática
Des singes, pas des savants, septiembre 2020

34

Más allá de lo inmediato,
Aspiraciones anarquistas frente al/los desastre/s en curso
Sans Détour, marzo 2021



Contacto: lancenlair@riseup.net

Preámbulo

marzo 2023

Entre febrero y marzo de 2020, en todo el mundo, los jefes de Estado hicieron anuncios con tono solemne y grave con el fin de preparar a sus poblaciones para lo que parecía ser una nueva era: la de la guerra contra el virus. Estamos en guerra, afirmó Macron sin rodeos mientras declaraba el estado de emergencia de salud pública y desplegaba a sus hombres armados para asegurarse de que todos permanecían encerrados en casa. En este momento de miedo y obediencia generalizados, en las calles reinaba un ambiente catastrofista. En Francia, los movimientos de masas que habían marcado el panorama político de los años anteriores desaparecieron repentinamente, atrapados entre las prohibiciones, el autocontrol y el miedo a la enfermedad. Algunos activistas prometían la guerra *cuando todo haya terminado*, otros llamaban a un sentido de responsabilidad y propusieron en cambio trasladar la lucha al mundo virtual de las pantallas, que se convirtió en el lugar principal de la nueva pseudo-vida social. Otros, o los mismos, se sumieron en una profunda depresión, ahogando sus sentimientos de impotencia en las drogas.

Sin embargo, después de unos días de parálisis, una nueva ola de oposición radical comenzó a tomar forma. Algunas prácticas, que hasta en-

tonces habían sido teorizadas y llevadas a cabo sólo por un puñado de compañeros anarquistas, comenzaron a proliferar. La organización informal en pequeños grupos de acción y las acciones ofensivas sobre infraestructuras se fueron extendiendo en pleno confinamiento. Estos medios de organización se presentaban aún más relevantes, ya que estaba prohibida cualquier oposición pública: estar donde menos se lo esperan; atacar y desaparecer, moverse con agilidad fuera de los radares y lejos de las pantallas. Aquellos que estaban preparados para ello tenían una ventaja considerable en esta situación. Además, los objetivos elegidos para el sabotaje, en particular las antenas y los cables de fibra óptica, daban una respuesta directa al proceso de reestructuración tecnológica puesto en marcha por los Estados en nombre de la emergencia: despliegue de la red 5G, transferencia de una buena parte de los servicios al mundo virtual, seguimiento médico y elaboración de perfiles de población, limitación y control de los desplazamientos mediante códigos QR, pasaportes y aplicaciones para smartphones.

En unos meses, los sabotajes de las infraestructuras de telecomunicaciones se volvieron casi cotidianos en Francia, pero también en otros países europeos. Y al mismo tiempo se inició un debate en las publicaciones anarquistas y ecologistas radicales, en concreto respecto al sentido y la eficacia de estas acciones.

¿Cómo podemos socavar el control tecnológico? ¿Podemos provocar un vuelco de la situación? ¿A qué escenarios pueden dar paso estos sabotajes? ¿Cómo pensar contemporáneamente en la eficacia, la organización y la ética?

Proponemos cinco textos publicados en el contexto francófono entre mayo 2020 y marzo 2021, que dialogaban entre ellos mientras estas cuestiones eran de una actualidad... candente. No todos los textos son de la misma naturaleza, y contienen perspectivas en algunos casos bastante divergentes, al tiempo que comparten la necesidad de la acción directa destructora contra las infraestructuras de la sociedad tecno-industrial. El primero *¿Hay que destruir las antenas 5G?* critica abiertamente la elección de atacar este tipo de infraestructura partiendo de consideraciones estratégicas. No compartimos esta crítica, la cual encontramos extrema-

damente reduccionista, pero hemos optado por publicarla porque es sintomática de una visión casi técnica de la cuestión de la eficacia. Los otros textos afrontan esta cuestión de forma más compleja. El segundo, publicado en internet de forma anónima, es un llamamiento a «atacar las partes críticas de este sistema» para asestar «golpes realmente dañinos». Los tres siguientes, publicados en periódicos y opúsculos anarquistas, son respuestas sucesivas que afrontan el concepto de eficacia, la tensión entre ética y estrategia, o el sentido del ataque, en general y en este contexto particular.

Tres años después, el confinamiento parece un mal recuerdo lejano. Pero sabemos que después de una experiencia tal a escala global, los Estados podrán volver a usar esta carta cuando lo consideren necesario, para una u otra guerra. Entre otras cosas, estos tres últimos años han traído nuevas crisis que han justificado nuevas aceleraciones en favor de las tecnociencias. En nombre de la guerra en Ucrania, del calentamiento global y de la crisis energética, el Estado francés ha invertido cientos de millones de euros en las industrias nuclear y militar, así como en la renovación de la cadena de suministro del sector industrial hacia la electrificación y la robotización.

Ante esto, han surgido diversos movimientos de oposición, a menudo de tendencia o inspiración ecologista, dentro de los cuales las cuestiones del sentido y la eficacia de las acciones se plantea a veces con enfoques completamente diferentes. En Francia, las iniciativas propuestas por “Soulèvements de la Terre” [Levantamientos de la Tierra], a veces ciudadanistas, otras incisivas, intentan alcanzar el campo político-mediático, esto es, el espectacular. Bajo este enfoque, la acción directa es una táctica sujeta a un doble criterio estratégico de centralización: su misión a la dirección *central* del movimiento, a la vez que debe *concentrarse* en objetivos visiblemente funcionales para entablar una correlación de fuerzas con los estratos superficiales del poder (el gobierno, la opinión pública). También la estrategia se basa en una serie de objetivos a alcanzar: los resultados de la acción están predeterminados, y los objetivos perseguidos son parciales (hacer que el Estado se retire de proyectos concretos y proponer usos más ecológicos de territo-

rios específicos). Pero por otro lado, este movimiento permite pasar a la acción, algo que no se puede dar por descontado con los tiempos que corren.

Al mismo tiempo, sigue tomando forma otra propuesta cuya estrategia consiste en alcanzar el campo de las infraestructuras, es decir, los estratos profundos del poder. La potencia del complejo guerra-investigación-industria no es indestructible, porque se basa en una estructura extendida por el territorio. Comprender, identificar y destruir infraestructuras cruciales, significa también formular de nuevo la posibilidad de un cambio radical. Aunque sea menos espectacular, esta manera de actuar tiene una triple ventaja: es menos comprensible para las fuerzas represivas; permite detener, aunque sea de forma temporal, la máquina tecno-industrial; impide cualquier intento de dirección central, porque es obra de una multitud de pequeños grupos dispersos que actúan con plena autonomía.

Hoy en día, la situación ha evolucionado, pero los problemas planteados por los siguientes textos siguen sin resolverse, tal vez incluso más ahora, y sin respuestas obvias: ¿Cuáles son las relaciones entre la acción directa y los movimientos sociales y ecologistas? ¿Qué estrategias se delinean si se separan o se combinan perspectivas anarquistas, ecologistas y tecno-críticas? Estas estrategias tienen que confrontarse con un elemento decisivo: la guerra en Europa, que orienta e intensifica el poder de los Estados sobre su población.

Mientras el mundo se precipita hacia la artificialización, la devastación y el saqueo, pensamos que la oposición radical debe dotarse de perspectivas, profundizar la propia crítica, afilar sus armas. Hemos elegido reunir escritos que bien podrían haber quedado desperdigados pero que, juntos, hacen resurgir cuestiones sin resolver, haciendo visibles distintas corrientes, distintas posiciones entre las fuerzas que llevan a cabo la acción directa. Esperamos que las siguientes reflexiones puedan contribuir a alimentar este debate, también fuera del contexto francés.





¿Hay que destruir las antenas 5G?

vert-resistance.org, mayo 2020

Otros artículos ya han explicado los retos que plantea el 5G: el emblema de un mundo donde todo está controlado, donde todo va más rápido y, sobre todo, donde todo se destruye más rápido. Sí, el 5G, como muchas otras tecnologías, es perjudicial tanto para la naturaleza como para la sociedad.

De acuerdo. Pero, ¿justifica eso que se ataquen las antenas 5G?

No esperéis aquí largas consideraciones morales, no hay nada inmoral en destruir una máquina que destruye lo seres vivos. Hablemos de estrategia: ¿merece la pena estratégicamente atacar las antenas 5G?

Un objetivo diseñado para perder

¿Realmente creemos que destruir las antenas impedirá la difusión del 5G? Intuimos que no. De hecho, como ecologistas, estamos tan acostumbrados a perder que pensamos nuestras estrategias sin imaginar que podríamos ganar.

Es cierto que las antenas 5G serán fácilmente alcanzables por cualquiera con un poco de buena voluntad. Del mismo modo, la dificultad

de destruir dichas antenas parece bastante pequeña. Por último, el efecto es bastante inmediato: antes había una emisión 5G, ahora no. Entonces, ¿por qué esto no detendrá la 5G? Porque las antenas son malos objetivos.

El problema de las antenas 5G

En primer lugar, hay un número muy elevado de antenas: en julio de 2018, la comisión de estudio digital del Senado escuchó a representantes de Orange¹, que aseguraron que para pasar a esta banda con cobertura nacional tendrían que adaptar 25.000 antenas e instalar 5.000 nuevas. En realidad, la cifra será probablemente mucho mayor. Por lo tanto, tendríamos que destruir una gran parte de ellas para que tuviera algún efecto. También se podría decir que aún no hemos llegado a ese punto. Además, habría que destruir estas antenas antes que sean reemplazadas.

Aquí viene nuestro segundo problema: estas antenas son muy fáciles de sustituir. En la mayoría de los casos, se trata de un mástil metálico combinado con una carcasa de plástico fabricada en serie. Así que sustituir una antena estropeada lleva como mucho unos días. Dado que la plantilla de cualquier operador telefónico es mayor que todo el movimiento ecologista, aunque los activistas destruyeran antenas de forma continuada, probablemente no podrían ir más rápido que la sustitución de esas mismas antenas.

Quizá contábais con que las pérdidas serían tan grandes que se abandonaría el proyecto. Tengo malas noticias. La Comisión Europea calcula que los ingresos generados por esta nueva norma podrían representar el equivalente a 225.000 millones de euros en 2025 en todo el mundo, crear 2,4 millones de nuevos empleos en Europa y generar unos beneficios de más de 113.000 millones de euros en 2025². Ciertas o no, estas estimaciones dejan clara una cosa: los Estados están dispuestos a poner el dinero.

(1) <https://www.senat.fr/salle-de-presse/communiqués-de-presse/presse/cp20180719.html>

(2) <https://app.brief.eco/article/2019-04-10-767-le-passage-a-la-5g>

Hasta ahora se han destruido 70 antenas³, y esas pérdidas ni siquiera serán visibles en las cuentas de los operadores de telefonía.

Si nos tomáramos en serio atacar el sistema 5G, tendríamos que replantearnos la selección de objetivos.

¿Cómo se selecciona un objetivo?

Ya hemos tratado este tema con más detalle en otro artículo⁴. Existe una herramienta mágica para la selección de objetivos: la matriz CARVER.

La matriz CARVER fue "popularizada" por las fuerzas especiales del ejército estadounidense durante la guerra de Vietnam. Es un sistema para identificar y clasificar objetivos específicos con el fin de utilizar eficazmente los recursos de ataque.

Intentemos aplicar los criterios de la matriz CARVER a las antenas 5G:

Criterio	Descripción	Puntos
Criticidad	¿El sistema sufre la pérdida de un elemento?	1
Accesibilidad	¿Se puede acceder fácilmente al objetivo?	4
Recuperación	¿Es fácil sustituir el objetivo?	1
Vulnerabilidad	¿Es fácil de destruir el objetivo?	5
Efecto	¿Provocará daños colaterales?	4
Reconocibilidad	¿Es fácil reconocer el objetivo?	5

Por una mejor selección de objetivos en el movimiento ecologista

Como suele ocurrir con los objetivos elegidos por el movimiento ecologista, el problema tiene que ver con la criticidad y la recuperación de los objetivos: la pérdida de un elemento tiene poco o ningún efecto en el sistema, y será muy fácil sustituirlo.

(3) https://www.lemonde.fr/pixels/article/2020/04/20/les-destructions-d-antennes-telephoniques-5g-augmentent-en-europe_6037222_4408996.html

(4) <https://www.vert-resistance.org/strategies/arreter-de-perdre-nos-luttes/> (sic).

Dado que los ecologistas disponen de una fuerza de ataque menor, deberán concentrarse en objetivos que sean muy críticos y difíciles de sustituir.

Dado que los ecologistas tienen una fuerza de ataque pequeña, deberían concentrarse en objetivos que sean altamente críticos y difíciles de reemplazar, con el fin de concentrar sus fuerzas donde el enemigo es más débil.

Hemos hablado de la infraestructura crítica de la red eléctrica, hemos hablado de la criticidad de la producción de caucho. No sabemos lo suficiente sobre cómo funcionará la 5G como para identificar las infraestructuras críticas, pero no nos cabe duda de que los activistas motivados serán capaces de identificarlas.





Algunas reflexiones sobre los ataques de antenas

Publicado en ataque.noblogs.org, julio 2020

Este texto va dirigido a personas que apoyan o practican el ataque. Pretende ser una reflexión más global acerca de la selección de objetivos. No pretende aportar ideas nuevas o soluciones geniales, sino que intenta hacer un pequeño punto e incluso se atreve a mirar más lejos.

Pequeños agujeros

Ver un aumento en la práctica de quemar antenas o fibra óptica (y el ataque en general, por cierto) me hace profundamente feliz. Ahora que la proliferación parece haber retrocedido un poco, creo que podría ser interesante para nosotros empezar a pensar más en frío. Los ataques a las antenas de retransmisión no son nuevos, los hemos visto regularmente durante muchos años. Si en estos últimos años hemos visto cómo se intensificaba el ritmo (al menos en Francia), la explosión de los últimos meses ha sido realmente impresionante. ¿En cuanto a lo

que queda de él? Experiencias individuales, sin duda. Nuevas complicidades creadas, me imagino. Pero sobre todo nuevas posibilidades, espero. Porque estos agujeros en la red de la red son tan irregulares y dispersos (salvo algunas excepciones de ataques coordinados en París o Grenoble, pero vuelvo a eso más tarde) que se reparan en unas pocas horas, o unos pocos días en el mejor de los casos. Porque el punto débil de estas famosas antenas es también su punto fuerte. Son vulnerables, incluso para grupos muy pequeños con un equipo promedio, pero también son muy fáciles de reemplazar. Si el efecto es inmediato (el teléfono funciona o no funciona), en la gran mayoría de los casos la red está tan bien engranada que otra antena toma el control directamente (de ahí su nombre) y no se ve la diferencia a nivel del servicio. A pesar de todo el empeño, ¿qué representan 50 antenas frente a las 30.000 repartidas a lo largo del territorio? ¿Derrotista?. No lo creo.

Otra mirada

Podemos enfocar las cosas de otra manera. El hecho de que todo el territorio (y la gran mayoría del mundo para el caso) esté cubierto no significa que no haya nada más que hacer, sino que podemos atacar en todas partes. Ya sea en un área donde pasas tiempo aprendiendo a interactuar y a moverte discretamente, o más lejos para cubrir tu rastro pensando en diferentes maneras de desplazarte distancias mayores de forma anónima.

De la misma manera podemos mirar a nuestro movimiento (pongo, de manera simplificada, a todos aquellos que el deseo de libertad les empuja al ataque sin mediaciones) y a su mayor debilidad (en mi opinión): la falta total de organización a escala media/grande. Veámoslo de otra manera. No tener un grupo centralizado de toma de decisiones, no tener un líder, estar dispersos, incluso estar en desacuerdo en varios puntos es quizás nuestra mejor arma contra la represión. Es mucho más difícil para nuestros enemigos entender quién quiere qué, quién dice qué, y sobre todo quién hace qué! (Yo mismo a menudo me pierdo). En caso de arresto, tampoco podré entregar a gente que nunca he visto.

Así que mantengamos nuestra sana desconfianza sobre todo lo que pueda parecerse a la autoridad, pero no dejemos de pensar en cómo podríamos organizarnos de forma más amplia: llamamientos a campañas de ataque, compartir conocimientos y prácticas sobre el papel, textos de debates entre nosotros, algunas reuniones informales con mucha reflexión sobre la seguridad, pequeños grupos de reflexión en lugar de grandes AG, favorecer la reunión de un contacto que represente a otras personas en lugar de encuentros con muchxs, ...

Volviendo a las antenas, si la idea de que el ataque se reproduzca y se comparta cuando es simple y comprensible sigue siendo para mí un dulce sueño (o una ideología en algunos casos¹), estos objetivos siguen siendo muy interesantes para nosotrxs, porque más accesibles en términos de material (aislados, con poca o ninguna protección) y por lo tanto más fáciles para lanzarse, y trabajar con otrxs compañerxs, aprendiendo a reconocer territorios, compartiendo prácticas y rompiendo el mito de que atacar sigue siendo un asunto de especialistas sobre-entrenados y sobre-equipados. Así que necesitamos estos objetivos. Pero para ir más allá de ellos.

Ir mas allá

Y precisamente las posibilidades: Ya sea en París durante el confinamiento² o en Grenoble algunas semanas después³ me parece que el paso se ha dado al pasar de un objetivo de poco valor estratégico (porque es fácilmente reemplazable) a objetivos múltiples que, coordinados, aumentan mucho la eficacia del ataque. Ya se trate de las 100.000 personas privadas de Internet y teléfono en París, o de Grenoble, donde

(1) Ver "Abandonner les fantasmés de la politique", fanzine que recoge tres textos: «*En lucha permanente contra la sociedad y los fantasmas de la política*» y «*Sobre anonimato, reivindicación y reproducibilidad de las acciones*», de Fenrir, y «*El autismo de los insurrectos*», de Alfredo Cospito, publicados en la revista Fenrir, n. 7, 8 y 9 respectivamente

<https://contramadriz.espivblogs.net/2020/07/06/publicacion-traduccion-al-castellano-de-fenrir-publicacion-anarquista-ecologista-de-italia/>

(2) [fr] <https://attaque.noblogs.org/post/2020/05/05/ivry-et-vitry-val-de-marne-des-cables-dorange-coupes-et-fini-le-teletravail/>

(3) [es] <https://plagueandfire.noblogs.org/metropoli-de-grenoble-ataques-coordinados-contras-antenas-retransmisoras/>

nos enteramos de que una antena más habría cortado toda la red de la metrópoli⁴. No es que la receta sea nueva, pero me parece muy emocionante que nos permitamos pensar en ello, hacerlo, coordinar, golpear simultáneamente y desaparecer. Es un paso adelante de lo que se puede considerar como un conflicto de baja intensidad a lo que podría convertirse en un conflicto más abierto. Dado el giro que están tomando las cosas con, por un lado, un sistema totalmente tecnológico sobrecontrolado y, por otro lado, la destrucción cada vez más virulenta de lo nos atrevimos a llamar naturaleza sólo recientemente, creo sinceramente que se nos está acabando el tiempo. Ya no hay tiempo para esperar que un enésimo movimiento social se vuelva incontrolable si se rompen suficientes escaparates; o para esperar que a fuerza de pequeños ejemplos de sabotaje difuso, una masa cada vez más servil se transforme en una masa furiosa. El hecho de no tener más tiempo no significa para mí precipitarme detrás de cada emergencia (climática o social), ni seguir el flujo cada vez más rápido de la red, estar “presente” para hacer “contrainformación”. No. Significa planificar operaciones que tengan sentido, atreverse a pensar en términos de estrategia. Con nuestras temporalidades y no las del poder. Especialmente desde que el sistema ha pasado por una “crisis”. Sin ir de profeta, me parece obvio que habrá otras, de las cuales tendremos que sacar provecho. Y tal vez ya podemos sacar algunas preguntas/conclusiones de lo que ha sucedido.

Saber dónde ir durante el confinamiento, con quién. Recordando quién abrió su puerta y quién la dejó cerrada. Si hubieras acumulado material ofensivo antes de que las tiendas cerraran. Si te hubieras olvidado de cosas. Si tuvieras una forma de desplazarte para evitar los controles. Qué bien sabes funcionar y organizarte sin el teléfono, sin internet si la red se cae (momentáneamente o un poco más, ...).

Elegir los objetivos

Ya sea fibra o redes de telecomunicaciones, hay nodos que podríamos estudiar. También creo que es importante recordar que cualquier infraestructura esencial para el sistema tecno-industrial se alimenta actual-

(4) [fr] <https://www.lepostillon.org/Antenne-je-ne-boirai-plus-de-ton-reseau.html>

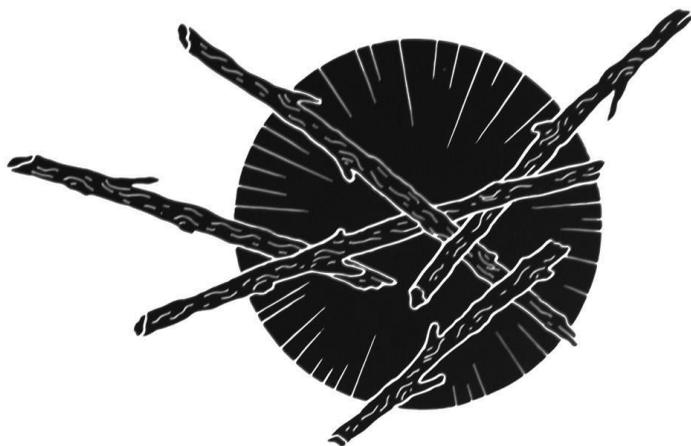
mente de la producción de electricidad. Si un objetivo parece demasiado complejo, ¿por qué no atacarlo río arriba, donde hay menos vigilancia? Unos pocos transformadores eléctricos fuera de servicio pueden sumir a una gran ciudad en la oscuridad total de la desconexión (con todo lo que esto implica, en un momento en que todas las infraestructuras y la inmensa mayoría de las interacciones se piensan en términos de sistemas y flujos interconectados).

¿Y si estuviera lo suficientemente preparado para ir aún más lejos? Si tuviera la información de que en un momento dado, el lugar donde me encuentre iba a estar en la oscuridad, sin sistema de vigilancia, sin red, ¿qué podría hacer al respecto? ¿Qué preparación requeriría eso? Seamos honestos: somos muy pocos. Tal vez deberíamos concentrarnos más en las partes críticas de este sistema si queremos darle algunos golpes realmente dañinos.

No es mi propósito aquí decir que sólo debemos apuntar a los centros nerviosos de poder y que cualquier otro ataque no vale la pena. Al contrario. Cualquier ataque es bueno en sí mismo. Pero necesitamos saber exactamente lo que esperamos de él. Lo que traen, lo que no traen. Cuáles son sus efectos y limitaciones. Lo que producen y las posibilidades que abren.

Esto me parece realmente necesario hoy. Si queremos (volver a) ser peligrosos, si queremos (volver a) ser salvajes.





Al asalto de lo existente

Avis de Tempêtes, agosto 2020

La circulación de una serie de textos que no sólo defienden públicamente los recientes sabotajes de antenas repetidoras durante el confinamiento, sino que también intentan llevar la discusión un poco más lejos, me han dado ganas de hacer mi propia contribución. Creo que es importante que este tipo de debate sobre lo que está ocurriendo pueda desarrollarse también por escrito, más allá de este o aquel ataque concreto o de la solidaridad en caso de represión, para abarcar un horizonte más amplio en el que confrontar y profundizar las perspectivas individuales de cada uno. Aquí va otra contribución a este espacio de reflexión, enviada a algunas publicaciones anarquistas no virtuales que podrían acogerla.

Actuar en pequeños números...

«*No podemos hacer nada, y esa es la mejor razón para actuar*», decía un pequeño panfleto a finales del milenio pasado. Y efectivamente, detrás de esta aparente paradoja, que señala que a menudo todo empieza por un *no* en este mundo de sumisión, resignación y pasividad organizadas, el punto de partida de la acción subversiva hacia una práctica su-

perlativa de la libertad reside sobre todo en los individuos. No en misteriosas fuerzas sociales sujetas a implacables mecanismos históricos, no en alguna vanguardia organizada capaz de arrastrar tras de sí el peso de las masas, sino en ese pequeño ingrediente que siempre escapará a las estadísticas de las grandes cifras.

Junto a la autoorganización y a la autonomía de los individuos para atacar aquí y ahora, también hay un aire impetuoso que nos sacude con regularidad, al menos a quienes se proponen destruir por completo lo existente: la insurrección, que abre violentamente la puerta a la experiencia de la transformación revolucionaria. Esta última no está evidentemente ligada a una *creencia* histórica o a una *inevitabilidad mesiánica*, sino a una *necesidad inmediata*, la de demoler las estructuras de dominación y las relaciones sociales que son sus pilares, algo que la simple multiplicación de los grupos de acción desgraciadamente no puede proporcionar. Nunca podremos consolarnos de la amplitud de los horrores de la autoridad y de la desposesión que nos rodean y nos embargan, del mismo modo que nunca podremos saciar esta sed de demolición sólo con nuestras acciones. La insurrección, pues, puede abrir posibilidades inauditas de profundización destructiva, pero también de convulsión del espacio-tiempo del dominio, de la vida misma en todas sus dimensiones.

Por ejemplo, si actuar en pequeños números no significa necesariamente actuar aisladamente, y si la fuerza no reside en el número sino en su carácter difuso e incontrolable, entonces la cuestión podría no ser ya cómo esperar a no se sabe quién o qué condición objetiva, sino cómo, partiendo de uno mismo, contribuir *al mismo tiempo* a favorecer, extender, precipitar o exacerbar la guerra social, ya que tenemos claro que lo positivo sólo puede surgir de lo negativo – y no al revés. Y ahí es donde entra en juego la famosa cuestión de la proyectualidad, que, por mucho que la echemos por la ventana, siempre volverá a llamar a la puerta, incluso cuando menos lo esperamos. Se trata del proyecto que te propones, con tu propio calendario, y de todo lo que haces para llevarlo a cabo, en términos de análisis, estudio y recursos, pero también de esfuerzo y energía. Ciertamente, no es necesario tener estas preocupaciones en mente cuando se cruza el umbral de la acción – de hecho, muchos lo hacen sin

preocuparse por nada en el mundo, ya sea por el gusto por la espontaneidad o por el ardiente deseo simplemente de asestar golpes al dominio recuperando por un momento la sensación de estar vivo.

Y sin embargo, más allá de este tipo de prácticas que tienen todo su sentido, ya sea en medio de la multiplicidad de antagonismos cotidianos o cuando se planifican con un poco más de antelación, acabamos topándonos regularmente, en la oscuridad de nuestra propia conciencia o en medio de discusiones entre amigos y familiares, con el mismo abismo de preguntas: ¿por qué ir a por esto en lugar de a por aquello, cuando hay tanto que hacer y el dominio no se puede separar en pequeñas porciones; podemos hacer algo más que arañar el océano de la opresión una y otra vez? ¿Cómo podemos imaginar intervenciones destructivas que nos satisfagan plenamente y que al mismo tiempo vayan un poco más allá, de modo que podamos entablar un diálogo dentro de lo negativo con otros cómplices aún desconocidos (lo que sigue abriendo nuevas preguntas, por ejemplo sobre la comunicación y la reproducibilidad como criterios – o no, obviamente)?

¿Cables en abundancia?

Tomando como ejemplo los ataques contra antenas repetidoras o contra la fibra óptica que se han multiplicado en los últimos años, podríamos empezar por sacar algunas conclusiones, sabiendo que cualquier fuente sobre el tema está necesariamente limitada, tanto por los estudios posibles como por la comunicación del enemigo (que subestima su frecuencia, y a menudo silencia sus consecuencias reales, no sea que motiven a alguien).

En primer lugar, me parece que se han producido en oleadas. Hasta el movimiento de los Chalecos Amarillos a finales de 2018, se trataba generalmente de ataques puntuales, acompañados de comunicados como en el verano de 2017 en Drôme, Ardèche o Puy-de-Dôme, y/o aprovechaban la oportunidad para perturbar ciertos ritos sociales concretos, como en Meilleray la noche del 31 de diciembre de 2014, en Morbihan en 2017 quince minutos antes del inicio del debate presidencial, o en 2018 en Saint-Rémy-lès-Chevreuse justo antes de los cuartos de final del Mundial,

en Saint-Jean-du-Gard el 14 de julio o en Villeparisis el 11 de noviembre. En otros países europeos, como Alemania, Bélgica e Italia, también se incendiaron antenas de repetidores o de televisión de forma puntual, a veces en solidaridad con compañeros encarcelados. En cuanto al sabotaje de fibra óptica, no se producía muy a menudo, pero su potencial ya era, como mínimo, impresionante e inspirador.

Luego vinieron dos nuevas oleadas de sabotaje de estas infraestructuras, la primera comenzó a finales de 2018 durante el movimiento de los Chalecos Amarillos y se intensificó en los meses siguientes, incluyendo algunas detenciones y condenas, pero también algunas pequeñas bellas agrupaciones de varios ataques consecutivos en la misma zona, y la segunda durante y un poco después de los 55 días de confinamiento. Aunque ambas afectaron a más de cincuenta antenas cada una –una durante ocho meses y la otra en sólo dos meses, es decir, ¡casi una al día!–, fueron muy diversos geográficamente y en cuanto a los lugares (ciudades y pueblos, montañas y zonas industriales) como en cuanto a la parte atacada (equipos exteriores, locales contiguos, cables a lo largo del pilón) o el método utilizado (desde neumáticos a pinzas pasando por botellas de combustible), lo que permite hacer al menos algunas observaciones.

Por un lado, el movimiento de ataque a las antenas repetidoras se ha extendido por todo el país, pero también lo ha hecho en cuanto a motivaciones, como demuestran las palabras filtradas de los pocos detenidos (contra la vigilancia policial, contra las multinacionales, contra la tecnología, para proteger el medio ambiente y la salud, etc.) o las de los comunicados de reivindicación. Si a esto añadimos los lugares en los que se produjeron los sabotajes de fibra, su diversidad también puede decirnos algo sobre la interrupción que se perseguía: almacenes de *Amazon*, una zona industrial o de pequeñas empresas, un túnel de autopista, un centro comercial, un distrito administrativo periférico, grandes nodos internacionales que conectan centros de datos, etc.

En cuanto a las consecuencias técnicas, en realidad fueron igualmente variadas: algunas antenas más pequeñas y aisladas que dan servicio a varios pueblos pueden haber tardado un mes en volver a ponerse en

servicio porque el incendio había debilitado demasiado la estructura de su pilón, mientras que otras antenas más importantes en lo alto de una montaña tardaron unos diez días en volver a estar operativas. Es el caso, por ejemplo, de una de las primeras en arder durante el confinamiento, la de Salins-les-Bains (Jura), de la que las dos personas recientemente condenadas a tres y cuatro años de cárcel por atacar otra cercana, la de Foncine-le-Haut, dijeron que su destrucción les había inspirado. En primer lugar, porque hubo que transportar hasta la cima una góndola especial con un alcance de 50 metros para volver a colocar ocho nuevos cables coaxiales de grandes dimensiones que habían ardidido a decenas de metros de altura y, en segundo lugar, porque esta región ya no disponía de existencias suficientes (¿demasiados incendios anteriores?) y estos cables tuvieron que ser suministrados por sus vecinos. ¿No es éste un buen ejemplo del posible efecto de bola de nieve de una región a otra cuando los cables coaxiales de cierto calibre (más que los equipos exteriores o los de la sala técnica, que a fin de cuentas son estándar y pueden volver a conectarse sin demasiadas complicaciones) arden por completo, de abajo arriba?

Por otro lado, también es cierto que en caso de sabotajes importantes, como el coordinado en la zona de Grenoble el pasado mes de mayo o el singular de Livry-Gargan en 2019 el día de la inauguración de la exposición Milipol (incendio de una sala técnica que cubría otras cuarenta antenas en el noreste de Seine-Saint-Denis), hicieron todo lo posible por reconectar (reparar sería una palabra demasiado grande) el conjunto en 48 horas con un poco de bricolaje. ¿Un gran sabotaje aislado y concentrado les permitiría restablecer la conexión más rápidamente que varios sabotajes dispersos y regulares, porque también podrían concentrar sus limitados recursos? Concluyendo, un último aspecto técnico, también podríamos estudiar hasta qué punto una antena podría tomar el relevo de otra fuera de servicio aumentando su propia potencia, pero esto no parece que suceda de forma automática, a la vista del centenar que ya han sido saboteadas en los dos últimos años. Parece depender no sólo de su lugar en la cadena de transmisión (desde el gran transmisor hasta el pequeño repetidor local, aunque todo esté en red sigue habiendo nodos), sino tam-

bién del terreno o de la concentración de los más importantes (y si hablamos de repetidores de televisión TDF, esto es aún más evidente).

Pero al final, más allá de las observaciones y experimentos que pueda realizar cualquiera, ¿qué sentido tienen este tipo de consideraciones si no es el de ver el ataque a estas infraestructuras desde un prisma esencialmente técnico, cuando para nosotros se trata de algo muy distinto?

Una cuestión cualitativa

Cuando un individuo, un grupo de individuos o varios grupos coordinados deciden pasar a la acción, surgen inmediatamente varias preguntas –además de los porqués, los medios y los modos de autoorganización, lo que no es poco–, todas ellas relativas no sólo a los objetivos, sino también a los criterios a determinar. Para seguir en el mismo ámbito que antes, es posible, por ejemplo, buscar distintos tipos de enlaces específicos (policía, OTAN, televisión, 5G, esta o aquella compañía) o no; centrarse en una multiplicidad de objetivos más accesibles y difusos o concentrarse en un único gran objetivo (un emplazamiento con varias antenas o la instalación de una sola más importante); del mismo modo que es posible, con un ligero cambio de perspectiva, centrarse en cables y nodos de conexión de fibra óptica, centrales telefónicas o determinados transformadores y tendidos eléctricos, todos los cuales también pueden cortar parte de Internet y de las comunicaciones móviles en zonas más o menos extensas.

Del mismo modo, si bien es cierto que es posible establecer criterios cuantitativos personales –llegar al mayor número de personas posible, crear una interrupción que dure el mayor tiempo posible–, estos también pueden ampliarse considerablemente a otras dimensiones, donde lo que más importe más sea, por ejemplo, lograr el sabotaje en un momento o periodo determinado a pesar de las dificultades (el confinamiento, una fecha ligada a un acontecimiento de dominación o a una expresión de solidaridad, una reestructuración específica del dominio o de lucha específica que se quiere frenar o apoyar), o bien puede estar más ligado a una antena específica atacada por lo que va a cortar (como una zona industrial, un puerto, una fábrica de armas, una start-up, un laboratorio, una

administración). O puede tratarse simplemente de participar alegremente en un impulso destructivo en curso que no teníamos previsto pero que nos entusiasma (y en este caso como en otros, el carácter simple y difuso también puede convertirse en un criterio). Y así sucesivamente.

En cualquier caso, me parece que no puede haber “eficacia” en el sabotaje, por una parte, debido a su carácter siempre parcial ante el inmenso trabajo de demolición que aún queda por hacer y, por otra, porque se trata siempre de una relación entre uno mismo y el mundo, una relación social que no puede reducirse a una cuestión técnica. Incluso si nosotros mismos estableciéramos criterios para cada una de nuestras acciones, en lugar de una relación externa cuantificada u objetivada –que reproducen una lógica de medición arraigada en el mundo de la autoridad–, ¿no podríamos decir simplemente que el sabotaje tiene éxito (o es “eficaz”) cuando hemos logrado lo que nos proponíamos dotándonos de los medios? ¿Que es ante todo una cuestión de la singularidad, que es un momento en el que podemos palpar la acción, esa dimensión fugaz de la calidad en la que por fin poder tomar tu propia vida, y las estrellas? Ciertamente, cien antenas destruidas en dos años no valen nada comparadas con la objetividad de las 29.900 intactas, pero cada una de ellas decía mucho no sólo a los que han palpado esa dimensión, sino también a todos los que quedaron momentáneamente aislados, por no hablar de aquellos cuyas relaciones de alienación y desposesión se vieron empañadas por la destrucción (lo que eso pudo decir ¿? es otra cuestión que habría que profundizar en otro lugar).

En un momento en que esta última oleada indefinida parece haber terminado, aunque desde entonces hayan seguido produciéndose sabotajes dispersos y la controvertida llegada del 5G prometa muchos más, me gustaría terminar con dos nuevas preguntas: ¿y si la naturaleza coordinada y difusa de estos ataques no se opusiera, sino que se complementara dentro de una vorágine dispersa e incontrolable? ¿Y si los stocks de cables ardieran?





Ética y estrategia

Contra la ecología programática

Des singes, pas des savants, septiembre 2020

Estas páginas son una respuesta a los textos *Algunas reflexiones sobre los ataques a antenas repetidoras* (aquí abreviado “Ar”) publicado en julio de 2020 el blog Attaque, y *¿Hay que destruir las antenas 5G?* (abreviado “Hq”) publicado en mayo de 2020 en el blog Vert Résistance, y una contribución al análisis de la situación.

Al leer, con un cierto placer, el texto *Algunas reflexiones sobre los ataques a antenas repetidoras*, he estado inmediatamente de acuerdo con la iniciativa. Comparto el sentimiento de que se pueda, en este momento, “mirar un poco más lejos”. Pero la lectura también me ha dejado cierto regusto amargo. Me he dado cuenta del motivo leyendo otro texto, *¿Hay que destruir las antenas 5G?*, que yo identificaría con la línea oficial de DGR [Deep Green Resistance], del que *Ar* parece ser una especie de versión adaptada al contexto francés.

Se delinea una tensión entre dos maneras de concebir la oposición práctica y directa al mundo industrial (no hablaré aquí de los sectores que pretenden oponerse dialogando con él): una, que se articula en torno a la ecología profunda¹ catastrofista, y se orienta hacia lógicas

(1) *Deep ecology*: rama del ambientalismo anglosajón. Extiende su crítica a la sociedad en su conjunto.

programáticas y calculables (*cuantitativas*), la otra que, sin excluir una “aritmética de las situaciones” ni el hecho de “razonar una estrategia”, como decía el poeta armado René Char, actúa según una ética que cada persona y cada grupo elabora a su manera. Lo que aquí llamaré ética estratégica, es decir un anarquismo capaz de pensar el fin y los medios a la vez, tiene poco en común con la ecología programática, tan poco como tenía con el marxismo-leninismo² o con cualquier profecía y planificación de la revolución.

Si *Hq* es una fría consideración sobre la escasa relevancia de los ataques a antenas en relación con los métodos estratégicos definidos por DGR y recogidos por VR [Vert Resistance], *Ar* está más articulado. Se presenta como una “reflexión global sobre la elección de objetivos”, y se interesa en determinar tres elementos importantes: la capacidad que tiene la red telefónica para recuperarse de ataques aislados, el potencial de las acciones coordinadas, y el interés estratégico de las infraestructuras eléctricas.

Estoy de acuerdo con la idea general, que en mi opinión es una invitación a no limitar el ataque a una repetición exclusivamente militante y a aumentar la tensión. Pero el texto plantea algunas cuestiones serias, y las deja de lado de forma demasiado apresurada. Por lo tanto quiero profundizar a mi manera los tres problemas: el de la represión, el de la ideología y el de la organización. Invito a las personas y a sus grupos a reflexionar activamente, provengan de la corriente ecologista o de la anarquista.

En cualquier caso, me pregunto si internet es el lugar adecuado para este tipo de debate. No por purismo, porque nunca se deba usar un teclado, sino por pragmatismo, ya que establecer y publicar las propias tácticas y estrategias en la red, es hacer un regalo a una represión que se documenta sobre todo a través de internet y los teléfonos.

Ah, una cosa más: el que ataque el pensamiento catastrofista no significa que sea incapaz de percibir los efectos del sistema industrial sobre el mundo. Prefiero desarrollar a mi manera una atención sobre lo que

(2) Ideología que planifica la revolución y se desarrolla sin límites éticos.

me rodea, y evaluar mis acciones según mis referentes éticos en lugar de utilizar un viejo mito para pensar el presente y el porvenir.

Antes entrar en el fondo del asunto, recordamos algunos elementos de contexto, para entendernos correctamente.

1. Contexto

En estos últimos años hemos observado la debilitación de las prácticas de ocupación, y el aumento de las de ataque, tanto en cualidad como en cantidad. De lo que se deriva, evidentemente, una reacción del poder y el surgimiento de una oleada represiva. Hay dos elementos en particular que parece importante no pasar por alto. El primero es que tras haber intentado relacionar los ataques a repetidores con el conspiracionismo antivacunas y antisemita (ver los artículos publicados por *Le Monde* durante el confinamiento), se delinea una estrategia policial: a principios de junio, poco después de los ataques coordinados de París y Grenoble, el recientemente reestructurado ministerio de interior ha creado un nuevo grupo de investigación dedicado especialmente a los sabotajes denominado Oracle [oráculo]. Así que hay un nuevo jugador en la partida. El segundo elemento que no hay que olvidar es que hemos visto el surgimiento de un activismo de confinamiento, durante los meses de marzo, abril y mayo de 2020. La mayor parte del ambiente político de extrema izquierda y ecologista se ha posicionado, de hecho, a favor de las directivas policiales-sanitarias (y notamos que ninguno de los dos textos afronta el tema). Que los activistas hagan de puente para las políticas del poder no me sorprende; pero la determinación con lo que lo han hecho me ha dejado pasmado. ¿Dónde estaban los movimientos de los GJ [chalecos amarillos] y de XR [Extinction Rebellion] que tomaban las calles el año anterior? En sus balcones, o peor, delante de sus pantallas.

El movimiento de extrema izquierda y ecologista (el movimiento inmóvil) se ha quedado en casa hasta el punto que, los ataques, el sabotaje, la acción directa, con algunos escasos intentos de manifestación o

comedores en la calle, se han presentado como los últimos bastiones de la revuelta en acto en tiempos de contradicciones autoritarias. Y no solo en un círculo de iniciados: adoptada, denigrada o apoyada, la práctica de quemar antenas se ha convertido en un problema de la sociedad – algunas personas dirán que incluso se ha popularizado. A cada cual entender si esto es una buena cosa o no.

En pocas palabras, cada vez más ataques, un nuevo grupo policial y algunos falsos amigos, esto en lo que respecta al contexto.

2. Jugar al descubierto: a propósito de represión

Los dos textos *Ar* y *Hq* se han publicado en plena crisis Covid, y no afrontan los problemas derivados de ella. Pensar en el ataque fuera del contexto es como omitir los elementos estratégicos.

A propósito de los objetivos por ejemplo, hay una cosa que se puede dar por descontado, que los policías han entendido bien la lógica de los ataques recientes: las telecomunicaciones, la energía, y... la policía. Diversos altos cargos lo han comunicado a la prensa. Perseguir la ofensiva contra las antenas, en particular, requiere pensar bien el riesgo que en ocasiones puedan ir un paso por delante.

¿Cuáles serán las estrategias de los policías del grupo Oracle para intentar parar la oleada de sabotajes? Pronto lo descubriremos, y será buen momento para consolidar la cultura de la seguridad. Ciertamente, la procura antiterrorismo por el momento rechaza encargarse de las investigaciones, pero considerando las leyes que se perfilan tras las nuevas acciones islamistas, es de esperar una multiplicación de los cargos por terrorismo y asociación criminal, el apoyo de las policías europeas y un arsenal de vigilancia tecnológica.

Pero más allá de la represión puramente judicial y policial, hay una represión más sutil sobre la que es necesario detenerse: los defensores del confinamiento que se basan en la teoría del privilegio (según la lógica: sabotaje = individuo con buena salud = privilegiado = quedaros en vuestra casa) podrán resultar buenos auxiliares de la policía en los

tiempos que corren. ¿Veremos denuncias por la falta de legitimidad para actuar? La idea que “la causa” sanitaria justifique el no actuar, por tanto la idea que “la causa” sanitaria no es una faceta determinante del poder es quizás el peor enemigo al que deberíamos hacer frente, porque se presenta bajo la apariencia de solidaridad e igualdad. Una mano en el bolsillo, la otra en el smartphone. “No nos olvidaremos de vosotros”, amenazaban los autores de un texto (publicado en varias webs de contrainformación) dirigido a aquellos que desafiaban el confinamiento. Un mensaje a estos campeones de la estupidez y de la policía-interior: yo tampoco me olvido de vosotros.

Entre las personas que han vivido la crisis del covid como un desarrollo totalitario, la despolitización de las cuestiones sanitarias y tecnológicas ha sido menor. Pero no nos confundamos: a pesar de todo, esta despolitización es muy fuerte (como demuestra el texto publicado en *Rebellyon* este verano que llama a la reapropiación de los instrumentos de telecomunicación para militar en internet en caso de un nuevo confinamiento). Entramos en el reino en el que todo puede ser justificado por motivos sanitarios, y es posible que la represión encuentre una nueva base ahí, un nuevo enemigo interno.

3. La ideología detrás del objetivo

Conviene señalar que el repunte de los ataques se concentra en elementos cruciales para el desarrollo tecnológico, con perspicacia acerca de la naturaleza del poder de nuestros tiempos. Pero «¿qué representan 50 antenas frente a las 30 000 repartidas por todo el territorio?». Se pregunta *Ar* un poco precipitadamente. Más allá de esta consideración cuantitativa (y subestimada), creo que representan una importante toma de conciencia de los instrumentos del poder, cuando la crítica a las tecnologías se había convertido, en los ambientes más radicales como en el resto de la sociedad, prácticamente inaudible cuando no sospechosa. Parece que el episodio del covid haya dejado al descubierto el carácter estratégico de las tecnologías de telecomunicación: ¿qué Estado habría conseguido el arresto domiciliario de casi toda la población, si no hubiese conectado de forma preventiva a cada ciudadano a

otra realidad? Por eso, me parece que el texto pasa por alto el aspecto cualitativo, el hecho que el ataque en serie a antenas tiene mucho significado, además de un mensaje: las tecnologías de la información no pueden seguir siendo percibidas como un medio para la rebelión. La rebelión está en su destrucción.

Pero atención con lo que podemos olvidar al focalizarnos demasiado, como en los dos textos, en la faceta del poder constituida por las infraestructuras de telecomunicación y energéticas. Se podría olvidar por ejemplo el desarrollo de las biotecnologías, o la medicalización de todos los aspectos de la vida, que es lo que falta en el análisis de DGR. ¿No es la medicina el mejor caballo de Troya de las nuevas tecnologías, incluida la nuclear? ¿Qué no se ha aceptado con el pretexto de “salvar vidas”? La crítica de las tecnologías en acto afronta un problema central de esta época, pero debe cuestionar todas las facetas del poder. Teniendo cuidado de no confiar en una idea sacralizada de la vida, o de sus variantes “naturaleza” y “mundo salvaje”, como si existiera una idea, un concepto, una palabra que pueda encerrar todo aquello que hay que defender. Hay muchas luchas justas, ¿por qué querer una justa causa para llevarlas a cabo? Sobre todo si esta causa es la ecología, que está a punto de convertirse en una de las principales formas de gobierno. La ecología, desde sus orígenes (tanto la invención del término por un eugenista del siglo XIX como su desarrollo político de los años '70), no es el amor por las plantitas: es una ideología de gestión, según las tendencias a veces con una voluntad de explotación otras de preservación de lo vivo.

Ar sugiere pasar de un «conflicto de baja intensidad» a un «conflicto más abierto». De acuerdo, pero una vez más, es necesario explicitar el porqué. ¿Para defender la naturaleza? ¿Para evitar el colapso que vendrá o que ya está aquí? Aunque el texto se aleja de un catastrofismo simplificador, tiene los pies hundidos en el fango de la ecología. Esta, si bien ha sido el capullo donde han crecido las fuerzas que enfrentan hoy el poder tecnológico, será también su tumba. Ahogada en una visión sistémica, cibernética y catastrofista, prisionera de las actitudes defensivas y la sacralización de lo vivo, hundirá dichas fuerzas.

Dirigirse hacia conflictos más abiertos, sí, pero con perspectivas un poco más claras. Una reserva natural (se trate de un PNR [parque natural regional] o de una ZAD) puede representar un refugio, y defenderse, pero no es por salvar un ecosistema por lo que lucho, ni tampoco por la igualdad social. Lucho para experimentar que este jodido mundo no es inmutable, que la megamáquina no es indestructible, que el Leviatán no es un dios omnipotente, y de hecho no es un dios. Y no necesito el respaldo de buenos obreros, buenos ciudadanos ni buenos salvajes.

Pero esto no significa que no crea en nada. Soy capaz de pensar en estrategias y organizar mis acciones, y de observar sus efectos, en ocasiones incluso más allá de los que esperaba

Existe, en el ámbito de la historia de la ecología, una vieja tensión que se remonta a sus inicios, que pasa entre perspectivas de gobierno y experiencias radicales. Que las primeras nos han llevado a la época del capitalismo verde y de los expertos, es una certeza. Pero la cuestión que sigue en el aire es: ¿existe una ecología radical? Mi respuesta es no, rotundamente no, y aquí los motivos.

En primer lugar porque la ecología profunda no hace sino retomar exactamente los mismos conceptos, las mismas formas de ordenar las ideas de la vieja ideología de los expertos. Leyendo los tristes trabajos como el programa de DGR (ver la web *Vert resistance*), nos damos cuenta una vez más que se trata de un remake del informe Meadows³ con sus reflexiones en términos de algoritmos, sistemas, colapsos y planificaciones. Se trata de dirigir una lucha contra la industria en la que la urgencia justifica descartar todas las consideraciones éticas. Actos cuantificados, no actos sensatos. No veo nada radical aparte del tono, solamente la continuidad de este mundo de expertos.

En segundo lugar, la ecología, siendo una ideología (ideas y palabras que se proponen o se imponen para guiar la visión y la acción sobre la

(3) Informe de crecimiento elaborado en 1972 por matemáticos para los grandes empresarios de la industria, retomado por los militantes de la época, convirtiéndose así en el certificado de nacimiento de la ecología en los años '70.

realidad), no puede ser radical. La única propiedad que tiene un ideología es justificarse a sí misma. En cuanto deja de hacerlo empieza a diluirse y no le queda sino mutar o desaparecer.

La radicalidad está en los análisis y las acciones en una situación razonada de manera singular y autónoma, así como en el recorrido a través el cual nos liberamos de las ideologías que nos frenan.

4. El fantasma de la organización

«Nuestro movimiento [...] es su mayor debilidad: la total falta de organización a media/gran escala» «No tener un grupo centralizado de toma de decisiones, no tener un líder, estar dispersos, incluso estar en desacuerdo en varios puntos es quizás nuestra mejor arma contra la represión» «Así que mantengamos nuestra sana desconfianza en todo lo que pueda parecerse a la autoridad, pero no dejemos de pensar en cómo podríamos organizarnos de forma más amplia» (cita de *Ar*).

El texto evoca el método informal, considerándolo como una garantía de seguridad, pero llamando a más organización. Encontramos aquí una tensión gestionada un poco a la ligera. El interés por coordinarse es evidente, pero vuelve a ser necesario saber si esta invitación ha tenido en cuenta los rechazos a formas organizaciones formulados desde hace años dentro de los movimientos sociales y ecologistas. Ante la duda, un pequeño recordatorio.

La informalidad no es un simple dispositivo de seguridad, y no es lo contrario de una organización. Puede incluso ser una organización donde el poder está enmascarado. No basta con deshacerse de los dirigentes para deshacerse de las consignas, tampoco basta con reflexionar en pequeños grupos para pensar libremente. El problema de la forma y la dimensión es secundario, el problema esencial es la cualidad de las relaciones. Son la disposición hacia el análisis, la inclinación a la crítica y la autocritica de cada persona, los que permiten a un grupo no convertirse en una organización, aunque sea informal. Es un rechazo consciente, una elección, pero no precipitada; nace de la experiencia de las organizaciones de matriz comunista, partisana o micropolítica. Estas

formas políticas donde los objetivos prevalecen sobre las dudas y sobre la elección de los medios, incluso cuando nadie recuerda cual era el objetivo. La cuestión fundamental, para mí, es: ¿se puede organizarse sin jerarquizar, se puede actuar en el seno de una organización sin perder al mismo tiempo el fin y la libertad de elegir los medios?

Si se piensa atentamente, organizar y actuar son dos actividades diametralmente opuestas. Actuar consiste en incidir en la situación, mientras organizar consiste en ordenarla. No tener una organización no es una elección táctica (evitar la represión): es una elección ética. De la misma manera, ampliar el círculo de acción no está motivado por una elección táctica (conseguir la eficacia), es el resultado de un proceso lento, que viene del nacimiento de una cultura de la acción y de la seguridad. De lo contrario se formulan consignas, se ponen en primer plano modalidades, se fabrican modas, se mercadean los mitos, se multiplican los preceptos: se labra la tierra donde el activismo y el conformismo crecerán como la mala hierba. ¿Un ejemplo? En la narración de los ataques coordinados se instala un nuevo mito: el *blackout* [apagón]. Aparte del hecho que ninguno lo hemos visto nunca, se evoca a través de un sutil leitmotiv: «una antena más habría desconectado toda la red de la metrópolis» (Ar), «la próxima vez que se apaguen las luces podrían no volver a encenderse» (otro texto a propósito de las averías eléctricas). Este «casi estamos», que parece una simple anotación técnica, en realidad es la nueva versión de «la siguiente será la buena» de los revolucionarios. No es sino el mito de Gran Día de la Revolución repropuesto con salsa barbacoa.

Los mitos son instrumentos del poder, ocupan lugar del pensamiento. Hay que combatirlos inexorablemente. Existen otros modos de nutrir el imaginario, sin vender sueños.

Creo que se puede organizar la acción sin abandonar la libertad de elegir los medios, y la de cuestionar los fines perseguidos. La condición esencial reside en nuestra capacidad de crear una cultura política de duda, de reflexión, de pensamiento crítico, y de formación, porque sólo bajo estas condiciones la organización no se vuelve un ser autónomo, y las personas conservan la capacidad de cuestionarla, de cambiarla o

destruirla según las necesidades. Pero hay que tener bien presente que en la práctica, cualquier organización tiende a mistificarse a si misma, auto-justificarse, y trata de sobrevivir sacrificando a una parte de los individuos que la conforman.

«Todo ataque es bueno de por sí. Pero necesitamos saber qué esperamos en concreto. Lo que nos da y lo que no. Cuáles son sus efectos y cuáles sus límites. Qué producen y qué posibilidades abren.» (Ar). ¡Miseria de la estrategia de planificación! El ataque no es un trabajo, no es un proceso de producción. No se conoce el resultado a priori, puede que incluso después quede poco claro: será el momento de retomar el análisis, que no está separado de la acción. Toda acción directa cambia la situación, aunque de forma mínima, pero querer controlar esta alteración además de traicionar una ingenuidad angustiada, significa querer establecer un programa. Para el cual se necesitará rápidamente una autoridad que haga que se respete. Que se apoyará en una ideología para legitimarse. Y aquí estamos de nuevo en el fango.

Es paradójico que los defensores del pensamiento catastrofista como DGR no hayan integrado aquello que les enseñó el único catastrofista pertinente: hace ya medio siglo Gunther Anders subrayaba cómo las tecnologías nucleares hacen potencialmente imposibles todas las revoluciones, porque dependerían de técnicos nucleares para desmantelar las centrales. Lo que para mí no significa que nada sea posible, sino que en la era nuclear, la idea de eficacia en la revuelta está en crisis. Sin rendirse, es preciso tener en cuenta este problema si no se quiere seguir el destino del movimiento ecologista, que ha despolitizado e invisibilizado la cuestión nuclear, trasladando toda la idea de catástrofe hacia los aspectos climáticos.

Quizás un día consigamos acabar con toda la industria del átomo, civil y militar. Pero hoy nadie puede decir cómo. No podemos sino explorar las vías. Los programas y las concepciones de eficacia de la acción no nos servirán de nada.

Detrás de estos problemas se esconde nuestra relación con el tiempo. El mito de la catástrofe, como el de la revolución del cual ha nacido,

impone pensar el presente en función de un futuro prefijado ideológicamente. Así, la acción se debería organizar según un porvenir ya trazado. Pero hay otra forma de concebir el tiempo y la acción: pienso que el ataque es una investigación, que actúa en el presente para transformarlo, para romper con el tiempo ya fijado y trazado, y que desvele la realidad de este mundo. La única estrategia a la que encuentro sentido es la que consiste en el análisis de cada situación, de cada golpe, a manos de las mismas personas que actúan.

Las telecomunicaciones y la energía son objetivos estratégicos. Permiten experimentar las perspectivas del blackout, y detrás de estas, las de romper el mito de una sociedad en red indestructible, «resiliente» como se dice ahora. Pero esta estrategia no debe encerrarse en sí misma. Esta dinámica no puede cegarnos: las antenas y los nodos de fibra óptica no son los únicos objetivos posibles contra las telecomunicaciones, algunos están debajo (cada pequeño cable de fibra es un objetivo), otros arriba. ¿Habrán algo aquí abajo que dirija los nuevos satélites 5G?

Pero no hay «algo que deba hacerse» a priori. Porque en nuestra época no basta con mirar por la ventana, ni leer los libros adecuados para saber cómo funciona este mundo. Somos simios que desconocen cómo está construida su jaula. El ataque es una investigación, un medio que permite conocer este mundo, así como su crítica en acción. Cada persona, cada grupo, primero tiene que elegir su camino, jugar su propio juego, determinar sus propios tiempos

No sirvo a la ecología ni a ninguna otra ideología. Ni anarquista ni nihilista. Si el ataque es una política, un trabajo productivo, o si, a fin de cuentas, no apunta sino a suscitar las lenguas, a justificar una ideología, a secundar un programa, que se vuelva a la militancia de la que salió. Pero si el ataque es una investigación en curso, si sigue su propio camino y establece su propia estrategia, entonces es muy posible que ningún profeta u oráculo pueda absorberlo con facilidad.





Más allá de lo inmediato

Aspiraciones anarquistas frente al/los desastre/s en curso

Sans détour, marzo 2021

Releyendo algunos viejos textos anarquistas, a menudo tengo la impresión que los compañeros de hace cien años tenían las ideas mucho más claras que nosotros respecto al mundo por el que luchaban y al camino a seguir para alcanzar algún día la libertad tan ardientemente deseada. Hoy vivimos una época oscura y enferma, que nos deja muy pocas esperanzas sobre el porvenir. Cualquier especulación sobre una hipotética transformación revolucionaria debe enfrentarse a un “realismo” que no hace concesiones a los ideales y a la utopía. Pero, si decidimos dedicar nuestras vidas (o buena parte de estas) a la lucha, ¿por qué no intentar ir más allá de la acción inmediata, aunque sea con la imaginación? ¿Por qué no tratar de reflexionar sobre lo que entendemos –y no solamente desde el punto de vista teórico– cuando hablamos de revolución, y preguntarnos por qué etapas debería pasar necesariamente un proceso tal? ¿O quizás deberíamos declarar definitivamente perdida cualquier posibilidad de cambio radical del curso de la historia, renunciar por tanto a esta aspiración y confesar(nos) que nuestras luchar y nuestros actos sirven sólo para dar un sentido y placer a nuestra exis-

tencia, para impedirnos caer en la depresión, la resignación, el aburrimiento o la desesperación?

No pretendo negar esta dimensión existencial de la lucha, que es primordial y sin la cual, estoy profundamente convencido, no es posible ningún cambio radical. Aunque, en ciertos momentos de optimismo –por ejemplo a causa de un encuentro inesperado o una noticia que sube los ánimos, de un movimiento callejero de cierto calado o ante la multiplicación de ataques diverso y variados– me digo que no somos los únicos que desean esta transformación. En nuestra constatación cotidiana del horror que mueve el mundo, corremos el riesgo de olvidar que la tensión hacia la libertad sigue viviendo mucho más allá de aquellos que conocen y llevan en el corazón las ideas anarquista. Entonces porqué no pensar, como se hacía en su momento, en lo que implicaría una transformación revolucionaria, por qué no hablarlo, por qué no tener esta mirada hacia el avenir, sin falsas esperanzas ni bonitas ilusiones, pero también sin cinismo ni desilusión?

Hace un siglo, en medio de una época puede que más desalentadora que la nuestra –el mundo acababa de salir de la primera carnicería mundial– las ideas revolucionarias todavía estaban ampliamente extendidas, Errico Malatesta escribía: «Derrocadas las autoridades monárquicas, destruidos los cuerpos de policía, disuelto el ejército, no reconoceríamos ningún un nuevo gobierno, especialmente si se tratase de un gobierno central que pretenda dirigir y regular el movimiento. Alentaríamos a los trabajadores a tomar posesión de la tierra, las fábricas, los trenes, los barcos, es decir, de todos los medios de producción, a organizar la nueva producción de inmediato, abandonando de una vez por todas los trabajos inútiles y dañinos y temporalmente los de lujo, concentrando la mayor parte de las fuerzas en la producción alimentaria y de primera necesidad. Impulsaríamos la recogida y la economía¹ de todos los productos existentes y la organización del consumo local y el intercambio entre localidades vecinas y distantes, de acuerdo con los requisitos de justicia y las necesidades y posibilidades del momento. Ocuparíamos viviendas vacías o escasamente habitadas, para que nadie

(1) *Economía* como “administración eficaz y razonable de los bienes” (ndt)

se quede sin cobijo [...]. Nos apresuraríamos a destruir los bancos, los títulos de propiedad y todo lo que representa y garantiza el poder del Estado y el privilegio capitalista; trataríamos de crear un estado de las cosas que hiciera imposible la reconstitución de una sociedad burguesa».

En eso, muy esquemáticamente, consistía la revolución y el papel que debían desempeñar los anarquistas según el infatigable subversivo napolitano. Una concepción bastante clara, a pesar de los enormes obstáculos que implicaría un proceso tal, y ampliamente aceptada por una buena parte de los compañeros de la época. Por supuesto, igual que hoy, el movimiento anarquista estaba atravesado por múltiples discusiones, debates y conflictos. Por ejemplo estaban los que, como el propio Malatesta, defendían la construcción de una organización anarquista unitaria y federativa, con una estructura formal, un programa común, comisiones, etc, y los que promovían la libre asociación basada en la afinidad, al margen de cualquier estructura fija, la toma de iniciativa individual y la propaganda generalizada, sin ninguna forma de centralización. Había anarquistas favorables a una alianza con algunos partidos políticos (socialista, comunista, republicano) para derrocar la monarquía, y otros que rechazaban con fuerza estos “frentes comunes” con autoritarios y reformistas. Había quienes apoyaban la huelga armada y la ocupación de fábricas, mientras otros se dedicaban a la educación libertaria, y otros se apresuraban a atacar a los representantes y las estructuras del dominio, sin esperar a las masas. Sin embargo, a pesar de estas diferencias de visión y método, no creo que me equivoque al afirmar que la mayor parte de ellos compartía, en líneas generales, una concepción del proceso revolucionario similar a la descrita en el fragmento citado. Insurrección armada de la población, destrucción de la Iglesia y del Estado, expropiación de la burguesía y colectivización de las tierras, de los medios de producción y del producto del trabajo, abolición de la propiedad, estas serían las etapas a través de las cuales los propietarios lograrían reapropiarse de sus vidas, liberándose al fin del yugo de los explotadores. No se trataba sólo de bonitas palabras, y no creo que los compañeros de la época fueran mujeres y hombres ingenuos o ilusos. Eran conscientes del enorme precio que requería un pro-

ceso tal, y muchos de ellos/as cayeron en el esfuerzo de desbaratar el orden establecido.

Un siglo después del artículo de Malatesta, ¿qué podemos conservar de tal concepción anarquista de la revolución?. Pese a que hoy nunca se hable, o raramente, de “cómo haremos la revolución”, me parece que implícitamente un cierto número de compañeros siguen teniendo en mente, a grandes rasgos, las etapas mencionadas por Malatesta (entre otros). Pero las cosas han cambiado bastante desde entonces, y siguen cambiando a un ritmo tan rápido que nuestra comprensión del mundo siempre parece inadecuada frente a la realidad.

La anarquía sólo puede ser anti-industrial

Si hace un siglo las sociedades industriales –con sus minas, sus pozos de petróleo, sus fábricas y sus trenes– ya había empezado a extender sus tentáculos en una parte del mundo, hoy hemos llegado a tal nivel de desposesión y desastre que una mirada retrospectiva debe inevitablemente cuestionar ciertas ideas fundacionales del anarquismo. Nos hemos alejado demasiado de las grandes esperanzas que despertó el progreso en su momento, incluso entre los enemigos del dominio. El propio Malatesta escribió que «la producción, si realizada por todos, en beneficio de todos, y gracias a la ayuda proporcionada por la química y la mecánica, puede aumentar indefinidamente». Una buena parte de los revolucionarios estaban convencidos de que, bajo el control de los trabajadores y llevado a cabo en beneficio de estos, el desarrollo tecnocientífico habría resultado ser una especie de panacea capaz de poner fin a las tareas tediosas de la humanidad. Según esa visión, las potentes tecnologías de la sociedad capitalista (trenes, aviones, maquinaria industrial...) se podrían seguir fabricando en una sociedad sin clases ni jerarquías. “Solamente” hacía falta que el control de la producción pasara de las manos de los patrones a las de los proletarios. Los dos intentos revolucionarios más importantes de Europa, en Rusia y en España –a pesar de las diferencias entre ellas en términos de circunstancias y de relaciones entre autoritarios y antiautoritarios–, mostraron que este cambio de manos en la práctica constituyó la instauración de una

nueva jerarquía, y conllevó el mantenimiento de la división del trabajo, de la especialización y de la alienación. Incluso bajo la bandera libertaria de la CNT, en España, la explotación de los trabajadores seguía existiendo y las protestas, las huelgas y los conflictos en las fábricas se multiplicaban. Ya en aquella época, a pesar de que la industrialización era reciente, no era posible ninguna reapropiación libertaria del mundo industrial, al menos a gran escala.

Ahora pensemos por un momento en la vida de la mayoría de nuestros contemporáneos. Si pensamos en todo lo que hace posible cada gesto, cada actividad del «hombre moderno», encontramos escenarios de muerte y destrucción a gran escala. ¿De dónde provienen nuestros alimentos y nuestra ropa? De explotaciones infernales y monocultivos controlados por la agroindustria, inundados por pesticidas y abonos sintéticos, labradas por máquinas dependientes del petróleo y cada vez más por auténticos robots. ¿Cómo nos movemos? ¿Qué decir de los ordenadores, los smartphones y de toda la infraestructura de las telecomunicaciones? ¿Y de las tecnologías y los fármacos con los que nos curamos? Poco importa el punto de partida, siempre se llega a tierras expropiadas, devastadas y envenenadas en los cinco continentes, a enormes minas de cobre, litio y cobalto, tierras raras y otros muchos materiales, con sus balsas de disolventes ácidos como el cianuro o el mercurio, o las toneladas de hidrocarburos extraídos del vientre de la tierra y liberados en la atmósfera en forma de anhídrido carbónico. Centrales nucleares, bosques arrasados, cantidades exorbitantes de residuos químicos, electrónicos y radioactivos que se acumulan por todas partes. Las especies vivas desaparecen a un ritmo vertiginoso, las fuentes de agua dulce disminuyen drásticamente, las temperaturas aumentan.

Separar la «cuestión ecológica» de la «cuestión social» no tiene ningún sentido y sólo puede servir a los intereses de políticos y mercantes. Es evidente que el ser humano, como el resto de especies, sufre las consecuencias de la explotación industrial. En todas partes, la devastación de la tierra va acompañada de escasez, epidemias, éxodos masivos, guerras sin final por el control de las materias primas. El ritmo de la devastación provocada por la dominación industrial se acelera cada minuto,

cada segundo. Es la propia lógica de la acumulación y el beneficio la que necesita cada vez más reducir los costes y aumentar la rapidez y la cantidad de la producción, diversificar la oferta. Los tentáculos de la máquina ahora se extienden por todos los rincones del planeta, dentro, encima y fuera del mismo: de las cumbres de los Andes a los fondos marinos, de los bosques del Amazonas al desierto del Sáhara, del subsuelo al espacio, donde circulan miles de satélites y se prospecta la minería espacial.

En este mundo en el que todo se vuelve artificial, en el que cada individuo se transforma en engranaje de una máquina que ya nadie puede controlar por completo, en este mundo en el que la pérdida de sentido y la desesperación se transforman en embrutecimiento, cinismo y violencia ciega... volvemos a la pregunta inicial: ¿Qué revolución es posible y deseable?. Me parece inevitable el hecho que se llegará a escenarios de enfrentamiento violento cada vez más frecuentes entre explotados y explotadores, entre fuerzas militares que protegen minorías de privilegiados y multitudes de humanos hambrientos, intoxicados, esclavizados (este ya es el caso de millones de habitantes del hemisferio sur obligados a desplazarse), pero también de auténticas guerras de supervivencia entre pobres. ¿Qué posibilidades de transformación radical de lo establecido podrían abrirse en un contexto así y en qué direcciones deberíamos avanzar como anarquistas?

Una primera observación me parece ineludible: el problema no sólo es quién posea los medios de producción y los productos del trabajo, el problema es la existencia misma y la naturaleza de tales medios de producción y de tales productos. La expropiación y la autogestión de lo existente, de las máquinas industriales en las que todos estamos inmersos, ciertamente no es un objetivo deseable, y, por otro lado, sería imposible. Tomemos como ejemplo los hidrocarburos, este recurso fundamental concentrado en un número muy reducido de regiones y sin el cual el mundo contemporáneo se detendría: ¿podrían los trabajadores autogestionar la extracción, el refinado y la distribución mundial de gas y petróleo? ¿Cómo podrían hacerlo sin una jerarquía rígida y una organización militarizada?

Ninguna posibilidad de liberación es imaginable sin la suspensión definitiva, el abandono y la destrucción de la maquinaria de muerte. Aunque tal conclusión pueda parecer absurda y desorbitada a gran parte de la población, estoy profundamente convencido que es la única salida posible, y es en este sentido hacia donde deberían dirigirse nuestros esfuerzos. El único camino posible para quienes aspiran a la libertad, o simplemente aquellos que están decididos a impedir el exterminio de lo vivo por parte del mundo industrial. Sin embargo es un camino largo y tortuoso y creo que ya no podemos esquivar la enormidad de obstáculos y dilemas que se encuentran en él.

Una ruptura dolorosa

No es exagerado comparar una gran parte de la humanidad con un enfermo terminal cuya supervivencia depende de estar conectado a la red eléctrica. En un dossier de la Revista Militar Suiza dedicado a la hipótesis de un apagón, esto se muestra a través de la evaluación de la interdependencia de las estructuras consideradas “críticas”. El concepto de “criticidad” indica la capacidad de las diferentes partes del sistema para propagar cualquier perturbación: «en un sistema llamado “under-critical” [infra-crítico] una perturbación externa sólo produce daños menores, localizados, ya que sus componentes están poco conectados entre sí, o directamente no lo están. Al contrario, en un sistema “over-critical” [demasiado crítico], incluso una perturbación menor se propaga rápidamente a gran parte del sistema provocando daños significativos, y en determinados casos destruyendo algunos componentes. Cuanto mayor es la criticidad, más aumentan la probabilidad de que los efectos cascada se propaguen de un sistema a otro o de una infraestructura crítica a otra. Así, en caso de apagón, una sociedad con baja interdependencia entre sus diferentes sectores se verá menos afectada que una sociedad fuertemente interdependiente como la de los llamados países desarrollados. Los daños serán mucho más significativos en el caso de una sociedad ultra-conectada». Entre las denominadas “infraestructuras críticas”, las que se encargan de asegurar el suministro eléctrico juegan un papel crucial. Según este estudio, un corte prolongado del suministro eléctrico de un país provocaría la caída de los sistemas de información

y de telecomunicación, de los bancos y los servicios financieros, del transporte de mercancías, pero también del suministro de agua potable, del tratamiento de las aguas residuales y de los servicios hospitalarios. En sólo ocho días sin electricidad se asistiría a un efecto cascada capaz de provocar un colapso terminal de la sociedad. Ciertamente, la megamáquina colapsaría, pero con ella probablemente un gran número de vidas humanas, a causa de su falta de autonomía, incluyendo lo relativo al agua, la alimentación y los cuidados médicos.

Según estos expertos al servicio del dominio, un escenario así está más alejado de la ciencia-ficción de lo que puede parecer. La infraestructura eléctrica es vieja, frágil, y los “factores de riesgo” se multiplican. Catástrofes naturales (inundaciones, nieve, olas de calor, tormentas, vendavales, tormentas solares, pandemias, etc), sobrecargas en la red, explosiones, accidentes industriales (o nucleares), problemas técnicos e informáticos, sabotajes, atentados, ciberataques o errores humanos constituyen otros tantos potenciales elementos desencadenantes. En cuanto a la correlación entre una eventual pandemia y el riesgo de apagón, un texto de 2018 afirmaba: «una pandemia puede reducir en gran medida el número de empleados del sector eléctrico, en el caso que enfermen o se ausenten para cuidar a sus familiares, o porque tengan miedo de contagiarse. En estas condiciones, la red eléctrica podría sufrir problemas organizativos, un factor de vulnerabilidad que podría provocar un apagón».

Dos años después, en plena crisis del Covid-19, este imaginario del colapso está muy presente en las mentes. Los Estados multiplican las llamadas a la “resiliencia”, a adaptarse a unas condiciones cada vez más duras y precarias, pero continúan, sin dilación, en la misma dirección. Y en un intento desesperado de proseguir esta marcha del progreso, el dominio adopta medidas que, paradójicamente, hacen aún más frágil su funcionamiento. El teletrabajo, el 5G, la digitalización aplicada en todos los ámbitos de la vida no hacen otra cosa que aumentar el grado de criticidad del sistema, ya que, como resaltaba la Revista Militar Suiza, «el riesgo de apagón aumenta proporcionalmente al aumento de la hiper-conectividad».

La marcha suicida de la tecnoindustria se llevará por delante a una parte de la humanidad, ya lo está haciendo. En lo que a nosotros respecta, ¿tendremos que actuar por el colapso antes de que el control tecnológico se vuelva omnipresente, todos los bosques sean talados, antes de que la fauna salvaje se extinga definitivamente, antes de que el aire se vuelva irrespirable?. Los subversivos del siglo XXI se ven cruelmente confrontados con este dilema. Considerando el nivel de interdependencia entre nuestra especie enferma y sus creaciones mortíferas, nos vemos aplastados entre la “seguridad” –de un destino nefasto– y la inseguridad de un camino de revuelta y de libertad. Hoy más que ayer, los actos de ruptura pueden implicar graves consecuencias. Estos últimos años hemos podido escuchar en varias ocasiones la propaganda del Estado respecto a los ataques contra infraestructuras de telecomunicación: se trataría de actos “irresponsables” que ponen en peligro vidas humanas, en particular las de las personas mayores que no pueden llamar a emergencias en caso de necesidad. Es el chantaje que el poder utiliza y utilizará cada vez más para aislar y reprimir a los rebeldes, haciendo que caiga sobre ellos el peso de la desposesión, la miseria generalizada, la pérdida de autonomía, el desastre social y ecológico provocado por este sistema de muerte. De hecho, este mismo discurso utilizado hoy contra los sabotadores se usaba ayer contra los Chalecos Amarillos que cortaban las carreteras, con importantes consecuencias sobre la vida colectiva, y se podría usar igualmente en el caso de una huelga general que conduzca a la escasez. Toda acción radical contra el funcionamiento de esta sociedad, ya sea la expresión de un puñado de rebeldes o de una masa de insurrectos, conllevará situaciones caóticas y en ocasiones grandes dificultades para la población. Esto ya era así hace un siglo, y lo es aun más hoy, en una época en la que la mayoría es incapaz de vivir sin sus prótesis tecnológicas.

Por otro lado, aunque no podemos hacernos cargo de la responsabilidad de la desposesión y de la pérdida de autonomía, y aunque esto no deba frenar nuestro accionar, como anarquistas y revolucionarias, deberíamos asumir plenamente nuestras elecciones y nuestros actos. No hemos elegido vivir en este mundo, sin embargo tomamos decisiones que pueden ir en una dirección o en la otra, así pues corresponde a

cada individuo y a cada grupo medir y valorar el alcance de sus propios actos. Personalmente creo que, aunque se pueda sentir cierto disgusto hacia la pasividad generalizada o, lo que es peor, la adhesión de las masas a los valores del dominio, ninguna transformación deseable es posible a partir de una actitud de odio contra categorías genéricas e irreales como “la gente” o “la humanidad”.

Esta es la razón por la que considero peligrosos ciertos discursos que parecen hacer apología del “desastre” o esperan “el colapso” con una especie de fe mística. No podemos –como hacen los defensores del orden– meter en el mismo saco insurrecciones y eventos mortíferos (accidentes, penurias, eventos climáticos, etc.) que podrían perturbar el curso de la normalidad. Si bien en ambos casos probablemente veríamos grandes cambios, en el primer caso se trataría de un fenómeno social motivado por un rechazo y, eventualmente, por una voluntad de cambio, que podría contener el germen de algo radicalmente distinto, el inicio de un proceso de transformación; mientras que en el segundo caso se trataría de nuevas condiciones, quizás más duras, que –aunque puedan provocar un “colapso” del sistema tecnoindustrial– no conducirían de forma automática al nacimiento de un cambio en las relaciones sociales subyacentes a este sistema. Dicho de un modo esquemático, y sin lugar a dudas simplificador, un “colapso” provocado por una serie de revueltas e insurrecciones podría dar paso a nuevas formas de solidaridad y a organizaciones sociales más libres y descentralizadas, mientras que un “colapso” impuesto por condiciones “externas” tendría el efecto de crear pánico, necesidad de seguridad y una competición por la supervivencia. Por supuesto, en ambos casos probablemente tendríamos lo uno y lo otro, el egoísmo y la solidaridad, así como la creación de formas organizativas libres y también autoritarias. Pero pensar que a fin de cuentas lo que importa es que el mundo que conocemos se derrumbe, sin importar las causas, llevaría a considerar superfluo cualquier esfuerzo encaminado a un cambio revolucionario. Sólo sería necesario actuar para acelerar o desencadenar este proceso de colapso, que también llevaría casi de forma automática a una transformación de las relaciones sociales. En resumen, esta visión deja poco espacio a las ideas, los individuos y las subjetividades.

No creo que un colapso apocalíptico como el que presentan en el cine o la literatura sea deseable. Mi accionar no pretende provocar millones de muertos, mi lucha –nuestra lucha– no desea la extinción humana sino el final de un sistema que está provocando la extinción de miles de especies y que, si no es detenido a tiempo, tal vez llegue a hacernos desaparecer a todos de la faz de la tierra. No veo alternativas: continuar a toda velocidad hacia una inevitable serie de desastres (que ya están teniendo lugar) o tomar la responsabilidad, echar el freno de emergencia y bajar del tren. Ciertos eventos hacen pensar que un rechazo de la colonización tecnológica de nuestras vidas ya ha empezado a manifestarse y a propagarse. Entre marzo de 2020 y marzo de 2021, en plena reestructuración tecno-policial de la sociedad con el pretexto de la emergencia sanitaria, solamente en Francia, los medios reportaron 174 sabotajes –una cada dos días– contra infraestructuras de telecomunicación. Por desgracia, es a través de la represión como descubrimos que detrás de estos ataques estaban personas con ideas, perspectivas y trayectorias individuales muy diferentes entre sí. Pero en el conjunto de estos actos se expresaba una inquietud común y una cierta saturación hacia el mundo hi-tech y ultra-conectado.

En este contexto se ha iniciado un dialogo entre quienes, partiendo de una base antiautoritaria, comparten la perspectiva de la acción directa contra las venas del dominio. Me parece interesante retomar el hilo de este debate, que no implica sólo cuestiones de “estrategia”, sino también el sentido y los objetivos de la acción subversiva.

En un texto titulado “Algunas reflexiones sobre los ataques a antenas-repetidoras” publicado inicialmente en Indymedia, luego republicado en el boletín anarquista Avis de Tempêtes, se habla de “ir más allá” de estos «agujeros en la red que son reparados en pocas horas, o en pocos días en el mejor de los casos». Los autores/las autoras del texto, aunque subrayan la pertinencia de los repetidores como objetivos alcanzables y dispersos, proponen atreverse a ir más lejos, coordinarse, «concentrándose en puntos críticos de este sistema si queremos asestar golpes realmente dañinos». Toman dos ataques realizados durante el gran confina-

miento de marzo-mayo 2020 como ejemplo de esta perspectiva: el corte de varios cables de fibra óptica ocurrido en París el 5 de mayo de 2020, que provocó un considerable apagón en las telecomunicaciones (interrupción de la conexión entre centros de datos europeos y más de 100.000 abonados sin teléfono ni internet en París, entre ellos grandes empresas y comisarías) y el 17 de mayo el incendio coordinado de tres repetidores a las afueras de Grenoble (cientos de miles de personas sin internet, televisión ni radio durante varios días). Los autores del texto también mencionan la importancia de la infraestructura eléctrica para el funcionamiento del sistema tecnoindustrial y las posibilidades que un apagón eléctrico podría ofrecer a los subversivos. En esta perspectiva, la necesidad de superar la línea entre «lo que se puede considerar como un conflicto de baja intensidad a lo que podría convertirse en un conflicto más abierto» viene dictada por la urgencia de la evolución de la sociedad-apisonadora, que aplasta la naturaleza e impone su control totalitario, pero también por un cierto pesimismo respecto a las posibilidades de un movimiento más generalizado: «Ya no hay tiempo para esperar que un enésimo movimiento social se vuelva incontrolable si se rompen suficientes escaparates; o para esperar que a fuerza de pequeños ejemplos de sabotaje difuso, una masa cada vez más servil se transforme en una masa furiosa».

Al menos dos textos han seguido a “Algunas reflexiones...”. El primero, “Al asalto de lo existente”, publicado en el número del 15 de agosto de 2020 de *Avis de Tempêtes*; el segundo, “Ética y estrategia” en un opúsculo titulado “Des singes, pas des savants. Récits et réflexions en temps de confinement”, escrito a varias manos en verano de 2020.

El primero, si bien no es una respuesta directa al texto publicado en *Indymedia*, analiza la proliferación de ataques contra infraestructuras del dominio desde otro punto de vista. Aunque parte de la misma urgencia, individual, de actuar contra «este mundo de sumisión, de resignación y de pasividad organizadas», el autor considera que «la simple multiplicación de los grupos de acción» por desgracia no es suficiente para la necesidad de demoler las estructuras del dominio y las relaciones sociales que conforman los pilares. «si actuar en pequeños números

no significa necesariamente actuar aisladamente, y si la fuerza no reside en el número sino en su carácter difuso e incontrolable, entonces la cuestión podría no ser ya cómo esperar a no se sabe quién o qué condición objetiva, sino cómo, partiendo de uno mismo, contribuir al mismo tiempo a favorecer, extender, precipitar o exacerbar la guerra social». Analizando los numerosos sabotajes contra infraestructuras de telecomunicación, el autor critica una visión del ataque centrada en la idea de la eficacia y muestra que estos sabotajes pueden ser evaluados en base a criterios que no son meramente cuantitativos (implicar al mayor número de personas o provocar una perturbación que dure el mayor tiempo posible), teniendo en cuenta por ejemplo las características del lugar y el momento en que se realiza la acción/sabotaje o incluso los proyectos y las empresas concretas sobre las que puede tener un impacto. En conclusión, según este texto, una visión cuantitativa no debe prevalecer sobre la dimensión cualitativa de la acción: «¿no podríamos decir simplemente que el sabotaje tiene éxito (o es “eficaz”) cuando hemos logrado lo que nos proponíamos dotándonos de los medios?, ¿que es ante todo una cuestión de singularidad, que es un momento en el que podemos palpar la acción, esa dimensión fugaz de la calidad en la que por fin poder tomar tu propia vida, y las estrellas?».

La crítica contenida en el texto “Ética y estrategia” en ciertos aspectos es cercana a la de “Al asalto de lo existente”. El texto confronta la visión de fondo del texto “Algunas reflexiones...” con el ecologismo de Deep Green Resistance. Critica la visión «sistémica, cibernética y catastrofista» de la ecología, «prisionera de las actitudes defensivas y la sacralización de lo vivo». Se afirma que «no es por salvar un ecosistema por lo que lucho, ni tampoco por la igualdad social. Lucho para experimentar que este jodido mundo no es inmutable, que la megamáquina no es indestructible, que el Leviatán no es un dios omnipotente». Partiendo de este presupuesto se rechaza toda consideración basada en criterios de eficacia objetiva y cualquier estrategia planificadora: «La única estrategia a la que encuentro sentido es la que consiste en el análisis de cada situación, de cada golpe, a manos de las mismas personas que actúan». Las telecomunicaciones y la energía son consideradas por el autor como “objetivos estratégicos” porque «permiten experimentar las

perspectivas del *blackout*, y detrás de estas, las de romper el mito de una sociedad en red indestructible (...). Pero no hay “algo que deba hacerse” a priori (...). El ataque es una investigación, un medio que permite conocer este mundo, así como su crítica en acción».

Comparto una parte de las críticas planteadas en estos dos últimos textos. Pensar que uno o varios grupos de acción puedan detener la máquina de explotación, control y alienación aumentando la potencia o la eficacia de las propias acciones, en el mejor de los casos es un producto del viejo mito de “el gran día de la revolución” (como subraya el texto “Ética y estrategia”) y en el peor un delirio de omnipotencia que fácilmente puede hacernos bascular hacia el mundo de la autoridad y sus lógicas militares. Por eso rechazo cualquier lógica que oponga por un lado a un puñado de revolucionarios iluminados y al poder maligno por el otro, como si entre los dos campos sólo hubiera un desierto de pasividad y resignación. En sus diversas formas, el dominio emerge en primer lugar de un complejo conjunto de relaciones sociales, y estas relaciones están plagadas de conflictos. Como escribía un compañero hace unos años: «Seguir prisionero de la ideología de la victoria significa no haber entendido que ninguna minoría activa podrá vencer en modo alguno, porque su victoria significa la derrota de cualquier posibilidad de generalizar la libertad. Si queremos hablar de vencer, se debe partir principalmente de las masas en revuelta, libremente asociadas en nuevas creaciones sociales, capaces de dar vida a diversas e increíbles formaciones vitales que ninguna fantasía, por desenfrenada que sea, puede imaginar desde el marco represivo que hoy nos oprime y rodea (...). La lucha tiene muchos matices y un solo objetivo: actuar de manera que esta se generalice lo máximo posible».

Esto no tiene nada que ver con el esperar a que se movilicen las masas para pasar al ataque, ni tampoco con la fastidiosa idea según la cual “no debemos hacer lo que las masas no son capaces de comprender”, algo que, si se toma en serio, implicaría rebajar nuestro nivel de conflictividad hasta caer en el fango de la reivindicación y el reformismo. Por otro lado, “las masas en revuelta”, por retomar los términos utilizados antes, no existen sino desde un punto de vista ideológico y abstracto. Prefiero ver las masas como una multitud de individuos que se jun-

tan en un recorrido de lucha y, en el mejor de los casos, de auto-liberación, de modo que en cierta manera se rebelan contra “ser parte de una masa”.

Pero, de nuevo, creo que no hay nada automático en las insurrecciones y en las revoluciones. Aunque ciertas condiciones de exclusión social, de explotación y de opresión pueden exasperar los ánimos hasta hacer que una parte de los individuos deje de aceptar las cadenas y de soportar sufrimiento y humillaciones, creo que es principalmente gracias a la iniciativa minoritaria y a la difusión de ideas revolucionarias que el conflicto puede extenderse hasta alcanzar el punto de una verdadera ruptura. El rechazo de una condición particular de opresión como por ejemplo la imposición del orden patriarcal, de la policía, de la explotación salarial o de una nocividad industrial, constituye un punto de partida, pero estas negativas no pueden bastar para llevar la revuelta más allá de ciertos límites, fuera de los cuales la recuperación deja de ser posible. Estoy convencido de que es la propagación de horizontes de libertad, de mundos radicalmente distintos, forjados primero dentro de uno mismo, lo que puede abrir esta posibilidad. Estos imaginarios de libertad los tenemos que cultivar y nutrir “nosotros” –esta famosa “minoría activa”–, y esto no sólo requiere teoría y escritos, sino también y sobre todo actos que apunten contra las causas de nuestra alienación y nuestra explotación. En el fondo, se trata simplemente de lo que los anarquistas hace más de un siglo llamaban “propaganda por el hecho” .

La acción minoritaria es, ante todo, una experiencia individual de una dimensión cualitativa radicalmente opuesta a la reproducción de la vida cotidiana, a realizar trabajo embrutecedor, a la obediencia y a la pasividad. Pero el sentido de la acción no queda encerrado en la dimensión individual. Si bien una acción o una serie de acciones llevadas a cabo por una pequeña minoría de la población no basta para transformar radicalmente las cosas, cada golpe asestado al orden dominante se inscribe en un contexto más amplio, en el que puede ser portador de otros significados y perspectivas, mostrando la fragilidad del dominio y ampliando el campo de lo posible. En este sentido, si bien es cierto que cualquier acto de revuelta y cualquier acción directa es importante y

tiene sentido en sí misma, ciertos ataques –que apuntan contra nodos importantes– tienen mayor impacto en el flujo de mercancías y de datos, y permiten que la crítica en acción de esta mortífera normalidad llegue a un número mayor de personas. El que ciertos objetivos requieran más investigación, más esfuerzo y más imaginación que otros no significa que tales acciones no sean “reproducibles”. Establecer una jerarquía entre las acciones es un error a evitar, pero la propuesta de coordinar los diferentes grupos de acción para provocar perturbaciones más importantes, o la de apuntar contra nodos neurálgicos del sistema, no implican necesariamente el sacrificio de una ética antiautoritaria en nombre de la eficacia. La cuestión es más bien: ¿qué esperamos de una acción?. En mi opinión sería ilusorio o peligroso considerar la acción minoritaria como una llave mágica capaz de acabar con el dominio. Pequeños grupos pueden ralentizar el avance del rodillo apisonador, pero no creo que puedan detenerlo definitivamente. No se puede reducir el dominio a su aparato técnico, así como no se debería reducir la acción a los daños que ha causado, subestimando la importancia que tiene en un contexto que no está totalmente pacificado.

Aquí y ahora, pero mirando hacia el futuro

En los años venideros, lo más probable es que las luchas contra las nocividades industriales sigan agravándose con la acumulación de tensiones sociales, desastres ecológicos, escasez energética, expropiaciones y destrucción cada vez mayor de los territorios. Así que una crítica anarquista de la technoindustria podría ser tenida en cuenta. El horror causado por la explotación de lo vivo es cada vez más evidente a ojos de un gran número de personas. Si pensamos que a nuestro alrededor no hay más que “una masa cómplice del sistema”, elegimos ignorar las diversas y variadas protestas que empiezan a surgir aquí y allá. Entonces podemos caer en la creencia de una catástrofe catártica y en la exaltación narcisista de nuestras acciones. Por el contrario, si examinamos el mundo-prisión que nos rodea de una manera más lúcida, podríamos distinguir grietas en los muros que nos encierran. Grietas que podemos convertir en brechas, en una lucha que ya no busca reapropiarse de lo existente sino destruirlo y sentar las bases de una nueva vida.

Por lo tanto no se trata de esperar a las masas, de convencerlas de la bondad de nuestras ideas, de actuar poco a poco y sin generar miedo entre los honestos trabajadores. Tampoco se trata de declarar una guerra privada al poder, de despreciar a “la gente” y de idolatrar la acción. Somos anarquistas y actuamos como tales, partiendo de nuestro posicionamiento ético, de nuestros análisis y nuestras perspectivas. En el fondo, nuestras palabras, nuestras acciones, y tal vez nuestras vidas, constituyen una propuesta, algo muy distinto a un proyecto autoritario de la revolución y la sociedad, como el que conciben los marxistas con sus programas. Formular una propuesta con la acción no significa erigirse como guías de la lucha, y menos aún pretender imponer dicha propuesta, sino sacar a relucir un discurso y unas prácticas que poseen un potencial de ruptura y de transformación. En el peor de los casos, dicha propuesta será ignorada, ridiculizada, incomprendida, pero habremos vivido en la belleza de nuestras ideas, habremos brillado con luz propia, no habremos vivido a la sombra de una capilla; en el mejor... ¿quién puede decir lo que ocurrirá en el futuro?. Mirando hacia atrás, hace diez o quince años no habría sido capaz de predecir muchas de las explosiones de rabia que ha habido, y no creo que vayan a terminar aquí, al contrario.

Este texto es, por tanto, una invitación a no negarse a mirar hacia el futuro, a no tener miedo de ir más allá de la acción inmediata, de reflexionar en términos de propuesta revolucionaria. Dejar de creer en el mito del Gran día de la Revolución, dejar de creer en el mito del Progreso... probablemente significa liberarse de un pesado grillete. Pero no significa renunciar a un proyecto de transformación radical del mundo. Este cambio solo se puede imaginar a largo plazo, y me lo imagino como un lento proceso de desintegración. ¿Qué ocurriría si los sabotajes cada vez más generalizados a infraestructuras críticas del dominio comenzasen a perturbar seriamente la interconexión de la que dependen la economía y el Estado? ¿Y si las resistencias contra las nocividades (proyectos extractivos, infraestructuras energéticas o de transporte, etc) se volvieran focos de autonomía e insurrección? ¿Y si los Estados empezasen a perder el control de algunas porciones de territorio? ¿Y si una parte de la humanidad empezase a destruir las metrópolis y a

transformar los espacios sustrayéndolos de la influencia de la economía y del poder, creando formas inéditas de actividad, de relaciones y de intercambio? Todo esto parece totalmente irreal hoy en día, pero en mi opinión es en esta dirección en la que deben dirigirse nuestros esfuerzos. No se trata de elaborar programas, de trazar caminos a seguir, sino de atrevernos a afirmar nuestros deseos y, aunque seamos una pequeña minoría, querer avanzar en esa dirección. ¿No son precisamente aspiraciones utópicas lo que necesitamos para luchar, para encontrar una vez más la fuerza de luchar contra una realidad sombría que parece haber acabado con cualquier esperanza de un cambio posible?. Una mirada hacia lo que queremos me parece indispensable hoy, para poder desarrollar análisis capaces de orientar nuestra labor de agitación y nuestra acción. Sin adormecernos en la ilusión de un futuro feliz, sin engañarnos a nosotros mismos ni a los demás, y siguiendo nuestra voluntad de ruptura y transformación.

Bismuto



En unos meses, los sabotajes de las infraestructuras de telecomunicaciones se volvieron casi cotidianos en Francia, pero también en otros países europeos. Y al mismo tiempo se inició un debate en las publicaciones anarquistas y ecologistas radicales, en concreto respecto al sentido y la eficacia de estas acciones.

¿Cómo podemos socavar el control tecnológico? ¿Podemos provocar un vuelco de la situación? ¿A qué escenarios pueden dar paso estos sabotajes? ¿Cómo pensar contemporáneamente en la eficacia, la organización y la ética?

Hoy en día, la situación ha evolucionado, pero los problemas planteados por los siguientes textos siguen sin resolverse, tal vez incluso más ahora, y sin respuestas obvias: ¿Cuáles son las relaciones entre la acción directa y los movimientos sociales y ecologistas? ¿Qué estrategias se delinean si se separan o se combinan perspectivas anarquistas, ecologistas y tecno-críticas? Estas estrategias tienen que confrontarse con un elemento decisivo: la guerra en Europa, que orienta e intensifica el poder de los Estados sobre su población.

